

Pedro Mañas

David Sierra Listón

Anna KADABRA

Pasteles peligrosos



DESTINO

Anna KADABRA

The title 'Anna KADABRA' is rendered in a playful, pink, hand-drawn font. The word 'Anna' is in a cursive script, while 'KADABRA' is in a bold, blocky font. The letter 'K' has a broomstick handle extending from its base. The letter 'A' at the end has a black witch hat with a pink band on top. There are three pink stars: one above the first 'A', one between the two 'n's, and one between the 'B' and 'R'.

Pasteles peligrosos

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Pedro Mañas, 2021
© de las ilustraciones, David Sierra Listón, 2021
Diseño y maquetación: Endoradisseny
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2021
ISBN: 978-84-08-24197-3
Depósito legal: B. 5.736-2021
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El día del examen amanecí soñando con una tortilla perfecta y esponjosa. De pronto, la tortilla de mi sueño explotó y yo desperté del susto.

Papá y mamá estaban aporreando la puerta de mi cuarto. Y con tanta fuerza que Cosmo se me metió en la capucha.

—Tranquilo —bostecé, acariciándolo—. ¡Si ya saben que vives en casa!

Mis padres traían cara de haber visto un fantasma. Bah, yo he visto tantos que ya ni parpadeo.

—Hija —dijo mamá, muy nerviosa—. Necesitamos tu ayuda con Coco y Chocolate.

No es que quisieran que les conjurase un postre. De hecho, ni siquiera saben que soy bruja. Coco y Chocolate es el nombre de la pastelería que abrieron hace poco en el centro del pueblo.



Cada vez tienen más clientes, por eso les hacía falta una nueva máquina amasadora. La suya era más lenta que una tortuga con tacones.

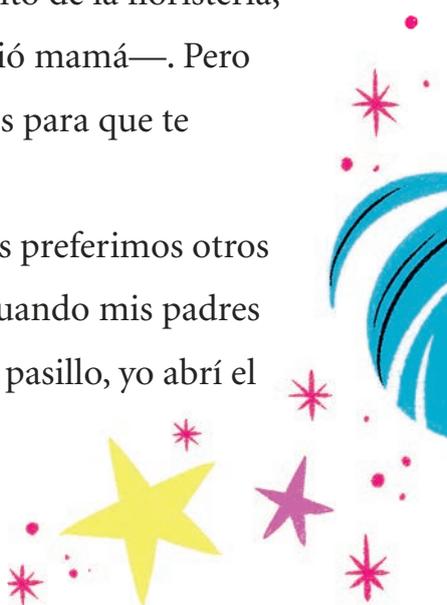
—En la ciudad venden una de segunda mano a buen precio... —me explicó papá.

—Pero la oferta acaba hoy mismo —lo interrumpió mamá—. ¡No podemos dejarla escapar!

Lo que querían era que cuidase unas horas de la tienda mientras ellos iban a la ciudad.

—El señor Baskin, el viejecito de la floristería, estará pendiente de ti —añadió mamá—. Pero puedes telefonar a tus amigos para que te acompañen.

¿Telefonar? Ji, ji. Las brujas preferimos otros métodos de comunicación. Cuando mis padres se alejaron discutiendo por el pasillo, yo abrí el



cajón de los calcetines. Mi varita estaba allí, oculta dentro de unas medias viejas.

Viejas ¡pero limpias! A ver si te crees que mi magia huele a pies.

Apunté con la varita a la bombilla para enviar un mensaje. Mi recado viajaría por los cables eléctricos de Moonville hasta aparecer proyectado en las habitaciones de mis amigos.



¡Os veo a las nueve
en el escaparate
de la pastelería
Coco y Chocolate!

Entonces, ¡ding!, toqué delicadamente la bombilla con la punta de mi varita.

Pues la bombilla fue y, ¡bum!, estalló como una pompa de jabón. Iba a tener que repasar mis apuntes de mensajería mágica. Suspirando, bajé a llamar a mis amigos por teléfono.

Cuando aparcamos el coche frente a la tienda, ya estaban los tres esperándome.



—¡Aquí están tus brujos pasteleros! —sonrió Marcus cuando mis padres arrancaron.

Yo puse cara de nata agria. La única bruja cocinera que conozco es la de Hansel y Gretel... y no me gustan sus recetas. Además, seguía preocupada por el examen.

Al abrir el local, unas campanitas en forma de magdalenas tintinearón sobre mi cabeza. No sé si te he contado que la tienda de mis padres es preciosa. Casi mágica.

Había brillantes lámparas de cristal. Vitrinas llenas de bollos. Pasteles de cumpleaños de tres pisos. Pizarras con los productos del día dibujados con tizas de colores.

Pero, sobre todo, había gente. ¡Menuda cola se formó en tan solo cinco minutos! Sarah, que es la mayor, tomó nota de los pedidos.

—Anna —me decía—, trae seis rosquillas, una bolsa de *muffins*, aquel bizcocho y una barra de pan.

Para cuando cogía la primera rosquilla, ya se me había olvidado lo demás. Mientras, Marcus calculaba el precio con la máquina registradora... y cada vez obtenía un resultado distinto.

A la pobre Ángela se le caían las galletas al suelo todo el rato. ¡Claro, llevaba puestas unas enormes manoplas de oso! No me preguntes por qué.

Al fin, poco a poco, la cola fue desapareciendo y detrás apareció un hombre diminuto. Era el señor Baskin, el dueño de la floristería de enfrente. Se trataba de un viejecito más arrugado que una uva pasa. E igual de dulce.



—Venía a echaros una mano —sonrió—,
¡pero veo que os apañáis estupendamente!

—Muchas gracias, señor Baskin —le
respondí—. Mis padres me han pedido que
le dé esto.

Era una tarta de melocotón para agradecerle
su ayuda. La favorita del señor Baskin. Él, sin
embargo, solo quiso aceptar la mitad.

—No podría comérmela toda yo solo
—suspiró, tomándola con sus dedos huesudos.



—Pero puede regalar la otra media —dijo Sarah amablemente—. A sus hijos, a algún sobrino...

—Ay, ojalá pudiera. —De pronto el anciano parecía triste—. Pero no tengo con quién compartirla. Vivo completamente solo desde que me quedé viudo... En fin, hasta luego, hijos.

A pesar de estar rodeados de dulces, a todos se nos quedó en la boca un sabor amargo.

Pero solo hasta que se me ocurrió la idea más loca y genial del universo.

—¡Atención, aprendices! —exclamé—. ¡Tengo un plan!